

lágrima, pero que el provocar una graciosa sonrisa, lejos de enfadarme, me halaga, aunque sea con algun pequeño menoscabo de mi pobre honrilla.

CAPÍTULO XXXIX.

Discurrese acerca de lo vanas que son las teorías sin la práctica para demostrar que sin ella será inútil la ciencia de la felicidad del pensamiento.

La práctica es la piedra de toque de la bondad y utilidades de los sistemas; por eso juzgo que para muchos lectores sean vanas las ideas que hasta ahora he venido desenvolviendo sobre los medios conducentes para alcanzar la posible ventura de la mente. Si yo mismo no la consigo muchas veces dejándome arrebatar por la melancolía, por el tedio ó por cualquier otro de sus enemigos, porque no recurro á poner en práctica lo que ahora propongo ¿cómo habré de esperar que siempre surtan el provechoso efecto que debieran estas indicaciones? ¿Habrá alguno que aunque adop-

te su teoría, las haga patrimonio suyo por experiencia propia? Sea lo que fuere de esto, lo indudable es que sin la práctica se desploma todo el edificio de la felicidad del pensamiento. No sería difícil hallar quien como yo disertara sobre la materia, y sin embargo cayera con frecuencia en el lóbrego desmayo de la mente ó la dejara sumergirse en las amargas oleadas del tempestuoso mar de sus pesares.

Así hay escritores y poetas que producen bellezas literarias para otros, y no son para proporcionárselas á sí mismos cuando están solos, tristes y aburridos; por eso se quejaba Genoude de que son tan cortos los buenos ratos de la producción literaria. ¡Qué contraste! Está deleitándose el lector con una página muy sublime, y al mismo tiempo el autor de ella yace tibio, insípido, frío y acaso sumergido en una melancolía prosaica y en un rastrero y villano abatimiento. Este mismo ángel caído será capaz de volar en un momento hasta las regiones de la luz y de vivificar con su fuego algun astro apagado; pero lo que importa no es el poderlo hacer, sino el hacerlo.

Acontece lo propio con respecto á este mismo punto de las bellezas y felicidad del pensamiento. Un ejemplo aclarará mi idea. Cuando en una familia se introduce la muerte á llevarse el sostén de ella ó el blanco de los amores, noche y dolor entran en el pensamiento, convirtiéndolo en sepulcral lobreguez y pesadumbre. Para tal caso el remedio es levantar ese postrado pensamiento á la elevada esfera de la religion, que está inundada en luces de consuelo. El espíritu doliente sabe donde se halla ese inefable remedio, y no lo toma; á mayor abundamiento se lo dicen y se lo repiten cuantos van entrando en la sala del duelo: «Ya sabe V. que para estos casos se ha de buscar el consuelo en la religion.» Estas ó semejantes palabras oye de muchos labios la persona dolorida, y si en su afligido corazón no reina la paciencia, hasta llega á fastidiarse de tanto oírlo, mientras casi nadie le suministra los decantados consuelos de la religion. Sí; la religion los tiene muy grandes, eficaces y verdaderos, que son otras tantas bellezas celestiales, que el pensamiento debe buscar cuando la tribulacion le ahoga en un piélago de amargura. Pero la

religion y sus consuelos son como las medicinas de la botica, que á quien no las toma no aprovechan. El que se está muriendo de debilidad ¿se confortará con saber que hay tónicos si no se vale de alguno de ellos? Hé aquí el estado en que con frecuencia se hallan nuestros amigos y conocidos y en que nosotros mismos nos hallamos: religion y mas religion, y no nos valemos de la religion. Es preciso acudir á sus fuentes divinas despacio y de propósito; para tales horas se ha de hablar con Dios, se ha de coger un buen libro que llene el alma de verdades sublimes, que nos saque en espíritu de este mundo de miserias y dolores y que nos transporte á otro mas puro, mas anchuroso, mas duradero y exento de angustiosos desengaños.

Una ciencia no se aprende en un dia, no se aprende repentinamente; y la religion es una ciencia teórica al mismo tiempo que práctica de amor, de esperanza, de luz; y está dicho que sus consuelos no los sabrá gustar quien por lo menos no esté algo iniciado en ella. El pensamiento no se fija en lo que nunca ha visto, la memoria no recuerda lo que no ha aprendido bien. Es necesario

saber un oficio para ejercitarse en él; y asimismo es preciso saber contemplar las bellezas de la religion, saber gustarlas y saborearse con ellas y hacer que el pensamiento se embeba en sus dulzuras y que posea sus grandezas sobrenaturales y que sea dueño de sus tesoros escondidos al profano vulgo de los que solo la conocen superficialmente. Sin estos requisitos previos, sin esta práctica usual la religion no derramará sus consuelos sobre quien no los busca y hasta ignora los caminos por donde ha de ir á buscarlos. Y ved aquí en este ejemplo una demostracion mas de que sin la práctica son vanos la mayor parte de los conocimientos especulativos, y sin ella será muy vana la ciencia de la felicidad del pensamiento.

CAPÍTULO XL.

Calamidad contraria á la dicha de la mente en algunas personas virtuosas: observaciones sobre los escrúpulos.

Existe en la mente de varias personas virtuosas una calamidad, que prueba con su misma existencia y con sus tormentos que muy en especial para la felicidad del pensamiento son vanas las teorías cuando se echa en olvido la práctica; son como un centinela dormido; son como el tesoro de un avaro que está hambriento ó sin satisfacer sus necesidades urgentes por no abrir sus inútiles arcas. Así son los conocimientos, que en materia de moral no puedo menos de suponer en las almas escrupulosas. Serán muy raras las que no hayan oido la muy comun é importantísima distincion entre el sentimiento y el consentimiento; muy pocas las que no sepan las condiciones que se requieren para que haya pecado. ¿Ignorarán positivamente que para incurrir en culpa grave ha de haber voluntad

que consiente, libertad para obrar, y advertencia de la malicia de lo que se hace? Pues no obstante el expresado conocimiento, los escrupulosos proceden siempre como ignorantes, porque á fin de angustiarse no lo reducen á la práctica. Y en efecto, hay en esto una ignorancia práctica; no falta luz en la direccion espiritual de los buenos confesores; copiosísima es la que se derrama en la teología moral, patrimonio exclusivo de la Iglesia católica, y sus reglas mas generales descienden hasta á los mas humildes catecismos; y no obstante, algunos, que por su instruccion se hallan en estado de enseñarlas, llevan en su cabeza mas escrupulos punzantes que espinas la rosa.

Aunque los escrupulos como enfermedad de la mente atañen á mi asunto, pues se oponen de un modo muy directo á su reposo y dicha; acaso no haria mencion de ellos, si no hubiera observado la particularidad de que no solo viven en el pensamiento, sino que el principal blanco de su persecucion y la víctima que con mas constante fiereza devoran estos venenosos insectos son los pensamientos; por lo cual, no como moralista, sino como quien

ha estudiado la índole y naturaleza del pensamiento con multiplicadas observaciones, haré alguna que otra indicacion, que si carece de novedad para los que por su sagrado ministerio ó por sus estudios estén versados en semejantes materias, es propia de este lugar porque contribuye á completar el cuadro que vengo delineando. Paréceme pues que las mas veces está en el pensamiento el origen de los escrupulos, como que es mas fácil el discernir lo que se ha hecho ó no se ha hecho, y casi está en el mismo caso lo que se habla; por cuya razon no hay tantas dudas sobre obras y palabras, y porque los escrupulos no suelen atormentar á los de conciencia poco ajustada sino á los que siguen la senda de la virtud, la cual no puede inspirarlos; luego es preciso buscar dentro del hombre mismo la causa de ellos ó su principal objeto; y sin mucho trabajo se la hallará en las tentaciones internas ó de pensamiento. Convienen todos en que para el consentimiento es necesario el acto reflejo, ó sea la advertencia de que se está pensando en cosa prohibida. ¿Y será todo uno el presentarse un pensamiento y el divisar su aspecto moral? Muy pocas veces. Su-

cede tambien el pensar sin advertir en la naturaleza del pensamiento hasta por espacio de ocho, de diez ó doce minutos, que es *un estado de distraccion*, en que no tiene parte la voluntad y del cual se sale con una especie de sorpresa. Juzgo que este fenómeno no sea comun. Otras veces acontece que no se advierte la malicia de los pensamientos depravados sino despues que han desaparecido; y esta advertencia póstuma con respecto á la moralidad del pensamiento es como si no fuera, porque no tuvo parte en el acto antecedente ó sea en la representacion de la escena.

Los trámites de los escrúpulos á causa del pensamiento son de ordinario los siguientes: preséntase una idea mala; nótase luego que es mala y se hace lo posible para desecharla ó para no consentir. Y sobre que se obra bien en el segundo instante por decirlo así, no cabe la menor duda; mas el escrúpulo se ofrece acerca de si se consintió en el primer instante de la presentacion de la idea prohibida. Para conocer pues que semejante duda no es mas que un escrúpulo (supuesta la general rectitud de intencion y la decidida voluntad general de no querer faltar á la ley

divina) basta observar que en presentarse una idea y en advertir cuál es su índole moral, lo cual es requisito para la culpabilidad en caso de haberla, se verifican dos actos que por lo regular no son simultáneos. Y de esta carencia de simultaneidad resulta que en el primer acto no hay culpa por ser inadvertido, probándose que es inadvertido por la mencionada falta de simultaneidad en dichos actos, aunque se supongan muy rápidas las operaciones del entendimiento.

Para juzgar inculpable aquel primer acto de la aparicion del mal pensamiento no obsta que haya como cautivado y seducido la voluntad (siempre que no haya advertencia) porque este es un efecto natural de todas las tentaciones, las cuales se presentan halagando, y es claro que gusta todo lo que halaga ó lisonjea. Ahora bien, los actos naturales *irremediables* no son pecaminosos, aunque versen sobre materia prohibida. Tal es el imperio del bien sobre la voluntad que la tentacion *inadvertida* la seduce en el acto mismo de aparecer en la mente, porque siempre se presenta bajo el aspecto de un bien, es decir, aparentando favorecernos, y la vo-

luntad del cristiano recto la desecha luego que la advierte, ofreciéndosele entonces implícitamente la idea de un bien mayor, mas positivo y mas noble, cual es el que proviene de cumplir los mandamientos del Señor.

En cuanto á la voluntad, nadie negará que es variable; pero en quien tiene hecho ánimo de no variar ¿varía en un momento luego que se le presenta una idea contraria á su resolución? En otras materias que no sean morales ¿se verifican con tanta facilidad esas supuestas variaciones repentinas? Hé aquí otra consideracion, que pudiera contribuir á mermar los infundados temores de los escrupulosos.

Yo que tampoco carezco de temores, al tratar por incidencia y como de paso de estos delicadísimos puntos, tambien he temido incurrir en alguna inexactitud que siempre deseo evitar. Y á fin de proceder con la posible seguridad, he comparado préviamente estas mis pobres observaciones con la doctrina corriente de la Iglesia, examinándola con este fin detenidamente en uno de sus mejores maestros, pues por tal es venerado el muy prudente y erudito San Alfonso de Liguori, cuya teología moral es de una autoridad irrecusa-

ble. Si á pesar de mi diligencia aun me equivoco en algo, cual hijo de la Iglesia católica lo enmendaré con arreglo á su infalible enseñanza, que tanto favorece á la felicidad del pensamiento.

CAPÍTULO XLI.

Se defiende á la piedad de una inculpacion errónea relativa á la dicha del hombre.

Los escrupulos de algunas personas piadosas, la encantadora modestia de las vírgenes que se hermosean con el velo de la virtud, el apacible recogimiento, que agrada á muchos verdaderos cristianos, y la humildad, que es sublime precepto del Hijo de Dios, dan margen á que hombres descreidos y superficiales tengan por oscura, apocadora y triste la vida de los que observan fielmente los mandamientos divinos y se ajustan á la santísima enseñanza de la Religion. Para desvanecer semejante idea altamente errónea bastaria llamar á la historia, á ese gran testigo de los siglos,

y nos presentaria sin apocamiento alguno á los héroes que con una fé vivísima, manejando la espada fulminante, inmortalizaron sus nombres, á los sabios, que á la santidad de su alma excelsa juntaron las luces soberanas con que se hicieron admirar del universo, y á los corazones encendidos en el amor de Dios, que en la oscuridad de un claustro, ó bajo el punzante sayal de la penitencia, ó viviendo con tranquila humildad para servir á otros, confesaron muchas veces que se hallaban inundados de gozo por las celestiales delicias que les proporcionaba la amorosa observancia de la religion y el íntimo y dulcísimo trato con su Dios.

Pero los detractores de la piedad no apelan á la historia para formar sus juicios, no consultan á la razon, no reciben las lecciones de la experiencia, no investigan los delicados secretos de la filosofia del alma, no leen las apologías de la virtud y de la religion, desconocen sus maravillas, porque no las han estudiado, porque no las han gustado y porque están reservadas á los hombres de buena voluntad como cantaban los ángeles en la noche del nacimiento del Salvador. No tienen

sombra de poesia esos entendimientos abotagados, que no columbran que en la belleza de la virtud debe hallarse la verdadera felicidad. Pero la disfrutan y muy cumplida las almas puras, que saben que su dicha y su enaltecimiento está en sus relaciones con el divino Rey de los reyes. Por madre amantísima tienen á la Señora de los ángeles; su custodio é inseparable amigo es un príncipe de la gloria; su destino es el cielo; el precio de su redencion es la sangre de un Dios humanado; su manjar en la peregrinacion de esta vida de lágrimas es un Esposo celestial, que se hace víctima y sacramento de amor para darse á sus amantes en la mas estrecha union. La belleza de la virtud, que es como un vestido de gloria compenetrado con el alma, conforma á su imágen al pensamiento y lo dirige siempre á lo bello, á lo grande, á lo sublime, á Dios que es la verdadera fuente de todo lo bello, de todo lo grande y de todo lo sublime. En la esperanza de poseerle por siempre ¿no habrá un escondido tesoro de inefable dicha?

Abultados volúmenes se requerian para tratar este punto de la felicidad del pensamiento que gozan sobre la tierra los que, esperando

el cielo, están en los caminos de la salvacion; pero los escritores católicos podemos francamente decir que lo que nos correspondia probar ya está probado mil veces, que se halla en las insignes obras de los Santos Padres de la Iglesia y en las de innumerables autores que han hablado de la Religion en general ó en particular de alguna de sus excelencias ó de sus sacramentos riquísimos de bienes y de consuelos; y son tantos los que han hecho triunfar estas verdades, que el citarlos á todos seria acaso mas difícil que el componer nuevos tratados acerca de lo mismo que ellos han patentizado.

CAPÍTULO XLII.

Pruébese que de la observancia de la ley y enseñanza religiosa nace la dicha del pensamiento. La caridad. Promesas del Salvador.

En el capítulo anterior acabo de apelar á la historia y á las multiplicadas apologías de la virtud y de la religion, que ponen de manifiesto, aunque cada cual á su modo y acaso

con pruebas indirectas, pero irrefragables, que la observancia de las leyes divinas forma la mayor felicidad del hombre sobre la tierra y por consiguiente la del pensamiento. Mas prescindiendo de ese inmenso cúmulo de autorizadas y eruditas probanzas, todavía es dable demostrar de una manera clara, sencilla, brevísima y convincente que la dicha del pensamiento, cifrada en su apacible placidez como hemos visto, ha de provenir necesariamente del cumplimiento de la ley y enseñanza religiosa. Sí, porque esta tiene por mira principalísima mantener al alma en dulce paz con su Dios omnipotente, con sus semejantes y consigo misma. Tal es el resultado de sus amorosos preceptos, cuyo blanco es la caridad para con el Hacedor y para con las demás criaturas.

¿Y quién duda que la caridad es deliciosa? Es lo contrario de la guerra, y ved aquí su bienhechora excelencia. Excluye el odio, las enemistades y cuanto puede participar del inquietador y turbulento carácter de la guerra; excluye los temores, pues el que cuenta á su Dios por su primer amigo, por su esposo y su padre, descansa lisonjeramente en el benigno

regazo de la santa confianza, y tampoco teme á los hombres, porque á nadie aborrece, porque espera que su Dios le ha de librar de las asechanzas de cualquier enemigo. El cielo y la tierra son suyos, que así lo prometió el Salvador en aquel divino sermón llamado del monte cuando dijo: *Beati pauperes spiritu: quoniam ipsorum est regnum cœlorum.*

Beati mites: quoniam ipsi possidebunt terram.

Beati, qui lugent: quoniam ipsi consolabuntur.

Beati, qui esuriunt et sitiunt justitiam: quoniam ipsi saturabuntur.

Beati misericordes: quoniam ipsi misericordiam consequentur.

Beati mundo corde: quoniam ipsi Deum videbunt.

Beati pacifici: quoniam filii Dei vocabuntur.

Beati, qui persecutionem patiuntur propter justitiam: ipsorum est regnum cœlorum.

Beati estis cum maledixerint vobis, et persecuti vos fuerint, et dixerint omne malum adversum vos mentientes propter me.

Gaudete, et exultate, quoniam merces vestra copiosa est in cœlis.

Tal es la unidad de la doctrina del adorable Maestro y la correlacion de sus diversos puntos convergentes á un mismo fin, que la perfecta observancia de sus bienhechores mandamientos hace que se obtengan las inapreciables ventajas prometidas por el Legislador divino en los citados versículos del Evangelio, generalmente conocidos con la expresiva denominacion de las ocho Bienaventuranzas. Acerca del cumplimiento de estas dulces y magníficas promesas basta recordar que es infalible la palabra del Señor de cielos y tierra. Si impiamente alguien dudare de ella, se le puede aconsejar que tenga un íntimo trato con personas de acrisolada virtud, y la verá cumplida siempre que sea un observador profundo é imparcial. Pero es necesario para esto no abrigar erradas ideas acerca de las virtudes, ni buscar mas que en los verdaderos hijos de la Iglesia católica la perfecta observancia de la conducta sublime trazada por los inefables enseñamientos del que dejó su gracia y su doctrina augusta en el seno de la única Iglesia salida con su sangre de su mismo corazón rasgado por la lanza. Solo en ella se practican sus admirables consejos, que son como la corona

de su ley de gracia, y solo en ella por la práctica de esos celestiales consejos logran las almas privilegiadas el precioso galardón de la íntima y mas completa felicidad del pensamiento, porque la verdadera paz del alma solamente se obtiene abandonándose al ósculo del Señor con la magnánima abnegación de las cosas de este mundo y con el heroísmo de la perfección cristiana, que convierte en flores de oculta delicia aun las espinas de la penitencia.

CAPÍTULO XLIII.

Vanidad de los consuelos filosóficos en el tiempo de la tribulación: para entonces solo los de la Religión aprovechan.

Fuera del tiempo de la tribulación acaso podrá suplirse con algun medio humano la falta, que hace la Religión á la felicidad del pensamiento: un rato de entretenimiento, una ráfaga de transitorio gozo viene tal vez del Septentrion ó del Mediodía, y se disipa luego; pero la verdadera consolación del alma cuan-

do arrecian los vientos de las tribulaciones, no hay que esperarla mas que del cielo. La experiencia es buen testigo. Hállase esta verdad profundamente grabada en los corazones que saben lo que son desengaños; hállase esculpida en los entendimientos que discurren con alguna solidez acerca de lo que valen los consuelos filosóficos en la hora del dolor; hállase proclamada todos los dias por cuantos se acercan á hablar con un espíritu angustiado. ¿No le dicen que la religion es el único bálsamo para su llaga?

No negaré, antes bien seré uno de los primeros que confiesen con gusto que la filosofía bien entendida ofrece consideraciones capaces de elevar el alma sobre la miserable esfera de las flaquezas mas comunes á la degradada humanidad: tambien yo reconozco que en la dignidad del hombre y en sus recursos intelectuales hay algo de sublime, que le hace superior á sus flaquezas; pero sé, y saben todos los que conocen el corazón humano, que sus nobles propósitos de elevada magnanimidad se desploman vergonzosamente al rudo empuje del huracán de las tribulaciones, si no los sostiene la divina Religión con su